

La finitud del infinito

CARLOS GÓMEZ CARRO | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, AZCAPOTZALCO

Resumen

En la santa dualidad del coito. Enrique González Rojo, medita en la hereje dualidad de la finitud del infinito que se advierte desde las tentativas del poeticismo. En esa dualidad se deletrea y concibe el inconmensurable ser que incesante se desdobra en una metamorfosis hasta ser él mismo y su otro. En EGRA, el lenguaje es la potranca en la que cabalga en las estelas infinitas de sus versos, que cantan al cosmos, a las estalactitas y asteroides, a los perros y sus crías, a la melancolía del sueño, a la amada y los amantes, y a ese devenir dialéctico que culmina en el verso, desde la integridad incólume del poeta.

Abstract

In the holy duality of intercourse. Enrique González Rojo, meditates on the heretical duality of the finiteness of the infinite that can be seen from the attempts of poeticism. In this duality the immeasurable being is spelled and conceived that incessantly unfolds in a metamorphosis until it is itself and its other. In EGRA, language is the filly in which she rides in the infinite wakes of her verses, which sing to the cosmos, to stalactites and asteroids, to dogs and their young, to the melancholy of dreams, to the beloved and the lovers, and that dialectical becoming that culminates in the verse, from the intact integrity of the poet.

Palabras clave: poesía, poeticismo, dualidad poética, la mística del poeta, verso.

Keywords: poetry, poeticism, poetic duality, the poet's mystique, verse.

Para citar este artículo: Gómez Carro, Carlos, "La finitud del infinito", en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 56, semestre I, enero-junio de 2021, UAM Azcapotzalco, pp. 137-144.

*Mi sueño dorado:
dinamitar las entrañas
del sentido común, dar escopetazos
a la razón apoltronada en el trono del príncipe,
destruir a pisotones las brújulas embusteras
que transforman en promiscuos los puntos cardinales...*

EGRA

La poesía, como la música, nace del silencio; del silencio que precede a la actividad creadora. De la conciencia de ese silencio que es irrupción súbita de la palabra. Irrupción del ser en el ser de la palabra. Conciencia del ser de la palabra y su don magnífico, la poesía. Conciencia que, en el caso de Enrique González Rojo Arthur, se convierte en conciencia crítica de su tiempo; de su ser social e individual. Conciencia del devenir del universo mismo –en constante recreación– que llama infinito. Infinito, pues el ser del universo es una continua metamorfosis que necesita de la poesía para culminarse su obrar. Como si un dios magnífico necesitará de su espectador para reconocerse en la dimensión creativa de un logos incesante.

Pero no se piense que el lector encontrará a un poeta ensimismado en la contemplación de la armonía del lenguaje. Para el escritor no es suficiente pensar a la poesía como causa y fin en ella misma, sino también la advierte en la tarea dialéctica de sus efectos. Una poesía que se encuentra lejos de estar al servicio del solo lenguaje –tentación sublime del siglo xx–, de sólo nombrar; sino una poesía de fogonazos corrosivos que sirva para denunciar la podredumbre que empaña al mundo, al mundo inmundo. Una poesía y un poeta capaces de ensuciarse las manos y de manchar los versos para encontrar el vértigo de la realidad misma y no sólo los privilegios de la vista y del oído.

Lo decía en sus primeros libros, deletrear el universo, sí, pero ser parte activa de ese deletreo activo, a partir de la poesía:

Mi poesía no pretende únicamente poseer una actitud contemplativa y teórica. Desea emprender el infinito. Ser, en una palabra, tan infinita como el infinito mismo.¹

Conciencia crítica ceñida, aun así, a una vigorosa y atildada armonía conceptual y musical que rodea el quehacer literario del escritor. Hermosa en su

¹ “Cuando la pluma toma la palabra”, en *El antiguo relato del principio*. En <<http://www.enrique-gonzalezrojo.com/pdf/ELANTIGUORELATODELPRINCIPIO..pdf>>, p. 254.

concepción, en sus motivos, en la dialéctica de sus frutos. Un quehacer sin pausa a lo largo de una vida plena (en amores y desvaríos; en encuentros y desencuentros): para González Rojo Arthur –como les sucede casi siempre a los grandes poetas– escribir fue una necesidad diaria, dramática y gozosa, que cumplió con sorprendente refinamiento. Con la conciencia despierta de que se trata de una tarea destinada al fracaso. Pues el Aleph al que se asoman sus sentidos y el espíritu que en él habita, no tiene llenadero: infinito, por causa y convicción. En esta dicotomía habremos de detenernos. Quizá por ello, por ser la conciencia de que el instante –concreción momentánea de lo infinitesimal infinito– es un flujo heraclíteo donde lo infinito puede ser redonda repetición, el poeta ve el fluir de la perenne renovación infinita. Y de lo prodigiosa de esa heráclita tarea, quizá surja la fuerza para no cejar lo que algún día habría de concluir de manera irremediable, de ahí que en lugar de que surgiera en el escritor la habitual declinación de sus habilidades creativas –consecuencia casi natural, diríase, de un manantial menos pródigo o de la reiteración de formas ya exhibidas–, la poesía del autor de *Para deletrear el infinito*, libro condensación de sus ambiciones y propósitos, parecía encontrarse, en sus últimos días, con la fortuna de nuevos hallazgos conceptuales y formales; en lo reciente, experimentaba con lo que llamó “cuentemas” (cuentos que son poemas; poemas que son narraciones poéticas), en la proliferación y la transparencia de sus diversos recursos retóricos que recrean el río infinito, pero paradójico y enigmático; un río por descubrir en el instante y en su constante devenir. El resultado es una caudalosa sabiduría poética, prolija y transparente, audaz y comedida, como acaso debiera serlo toda sabiduría.

En su poesía, González Rojo Arthur es otra vez el niño que recupera lo que sus padres le entregaron; pero también es Orfeo, en su ardua tarea –lira en mano– de saber regresar de los infiernos y poblar con su música de atildados versos, ese infinito que se finiquita en la palabra, en la poesía de la palabra. Y lo hace porque sabe que la fidelidad a los principios, a un ideario sostenido a lo largo de una historia preñada de utopías, es, sobre todo, fidelidad a la poesía “con la sensibilidad a piel de sueño”. Un poeta que, en su historia e historiar, siempre se entregó a su misión de francotirador que sabe “enmendarle la plana a los rosales”.

Inventor del poeticismo, movimiento que aún examinamos en sus alcances, González Rojo Arthur concibió, del mismo modo, a la poesía como un ejercicio de lucidez capaz de verse a sí misma en el acto creador y en sus consecuencias: su poeticismo consiste en dejarnos ver la fábrica y los versos en ella creados, en el centro de sus pasiones y desde la periferia de sus razonamientos. La poesía en el acto de mostrarnos la realidad que recrea. Y ver en ella,

como se lo propusiera Neruda en su *Canto general*, donde procura cantarle a las dos Américas, de norte a sur, en sus costas y valles, en sus epopeyas y su inconmensurable geografía. De los conquistados y conquistadores, de su yo comprometido que afinaba, día a día, la letanía de un rosario prodigioso; lo que en nuestro íntimo terruño mutilado emprendiera la voz a mitad del foro –la Patria del “paraíso de compotas”– de López Velarde. Y antes que ellos, la voz profunda y milenaria de Walt Whitman, que supo cantarse a sí mismo, a su voz, a la humanidad entera que en él existía y a la cuna “que se mece eternamente” que es el universo-mundo-materia infinita que constantemente es él mismo y es el otro. Cuatro décadas le tomó revisar, exaltar y volver a empezar, a Whitman sus *Hojas de hierba*. Tiempo no menor el que González Rojo Arthur le dedicó su “deletrear el infinito”, mediante la finitud del lenguaje. La materia y su genética que se canta a sí desde el yo del poeta. El proyecto poeticista que inunda con su sabiduría marina y estelar, de zozobras, de azules y cobaltos, de fuegos de artificio y de metralla, que se pronuncian acerca de episodios histórico-poéticos (exaltación del tiempo humano): lumbre que se sabe lumbre y sabe alumbrar con ella la realidad y su sistema. Un solazarse con el mundo en el que plantamos los pies y nuestros sueños; el mundo en el que adivinamos descabros y porvenires. En un asombroso propósito, a modo de un Aleph poético, decíamos, nos habla lo mismo del átomo que del quelonio, de las flores y los insectos, de mundo enteros y galaxias en formación que de células; del hombre en mitad de la plaza en donde profesa su dialéctica del coito entre el eterno femenino y el pensamiento transitorio. Y en ello, la lucidez del saber nombrar, también, las minucias del atardecer o de la noche; los fulgores del día, pleno o resquebrajado, lo mismo que de la obra mayor de los hombres y mujeres, el pensamiento enciclopédico comprometido en su revuelta. Quizá porque la lucidez –en la poesía por él convocada– es la luz del “semén de la aurora”, como lo es el agua “en medio del desierto”; luz que, si bien sabe de la verdad y la belleza, nos muestra con amplia nitidez, incluso, en su inefable contradicción, a las hienas que “sueñan con banquetes de inmundicias / o paraísos de carroña” e impunemente “saquean / los colmados graneros / de aquello que es de todos”.

En algún momento, Octavio Paz se acercó a González Rojo Arthur (en aquel tiempo, joven poeta perteneciente a una de las genealogías literarias más destacadas del Anáhuac) para invitarlo a ser su secretario particular –proximidad que, como es fácil de advertir, le hubiera abierto tantas puertas–. Dijo no: alegó diferencias ideológicas insoslayables –ciertas, sin duda–. Así era y así fue nuestro poeta: impecable en su clara concepción de sí mismo y de su trabajo creador. González Rojo Arthur quiso y consiguió que su vida fuera con-

sistente con su poesía, y congruente, en particular, con una visión de mundo –cosa curiosa, en consonancia con cierta idea de Paz al respecto que no siguió al pie de la letra el autor de la *Estación violenta*; especialmente en sus últimos años– que al poeta de Mixcoac le parecía indispensable para la independencia creativa del artista: mantenerse alejado del *Príncipe*, en lo personal y en lo económico; pauta que, como Revueltas o su abuelo Enrique González Martínez, Enrique González Rojo Arthur siguió sin excusas, como escritor y como persona. Esto lo definió como un poeta que se supo distante del poder y en ello fincó su poesía: a la poesía, pero también a la crítica que, en especial como filósofo, empleó desde sus inicios como escritor. Fiel a su concepción ética del mundo. Fiel a su percepción poética y crítica.

Luis Rius, uno de los grandes poetas y maestros del exilio español, afirmaba de la poesía de González Rojo Arthur, que el proyecto literario del escritor mexicano produce un vértigo por sus alcances y propuestas. Lo que sin duda es cierto. En su deletrear del infinito, aduce Rius, González Rojo Arthur nos “descubre maravillosamente– no buscar un lenguaje sino poner el lenguaje en trance de búsqueda”.

Esa búsqueda que es búsqueda en ruta, de ahí su azar y maravilla. Una búsqueda que se emprende desde la crítica del lenguaje. Regreso a la tarea adánica de llamar a las cosas por su nombre. Decir, como lo haría Pellicer, “Aquí no suceden cosas / de mayor trascendencia que las rosas”. “Quiero exaltar el átomo”, nos dice Enrique, “la célula, la soledad de un punto”, para hacer el registro de esa búsqueda que es búsqueda de él mismo: “Traductor de este Enrique que me guía, / lo quiero transparente”. Para Enrique, poetizar fue no sólo nombrar las cosas y sus efectos, sino obligarlas a ser lo que debieran; a buscarse en ellas en su búsqueda de sueños. A la tarea de acotar en el verso, en la palabra, ese universo en expansión constante, pleno de sorpresas, al que llama “infinito”. Infinito en su proceder; finito en su forma. De ahí la alquimia de su lenguaje: hacer con su deletreo del infinito, la finitud del lenguaje de su poesía.

Poetizar es, así, deletrear el mundo, acotar el universo en su prístina forma. En su palabra. Hacerlo palabra para así poder transformarlo y transformarse. Obligar a Enrique, a él mismo y a su pluma, como lo expresara su abuelo, a no dejarse engañar por el efímero plumaje del cisne, a no solazarse con la palabra bella que engaña en su belleza. A que Enrique aconseje a su pluma a amar a aquella poesía que: “tiene como blanco la destrucción / el estrago fecundo / el bendito borrón que parirá / con dolor maternal la cuenta nueva”. Hacer que su propia pluma enmiende la plana del cisne que sólo desea deslumbrar, hacer de ella una pluma militante de la que debe estar atento a sus tartamudeos, a que diga “lo que otras callan”, “que fuese veraz, indiscreta, / que te metieras

en lo que no te importa". Una pluma traviesa que corta de palmo a palmo la inercia de las cosas ya sabidas. Una pluma vigilante del propio Enrique. De su humanidad y su entereza.

Sin dejar de advertir, curioso, que "siempre hay alguna mujer / que, viéndonos de reajo, / un poco desordena el universo". Y es que los humanos, "somos trozos del mundo, átomos de infinito, / sucesos de razón que aunque vislumbran / por encima del hombro del cerebro / el mundo de animales, / no pueden ocultar los reiterados / movimientos de cola del instinto. / Los estados de angustia / que tiene algunas veces la materia". Seres de razón, pero también seres dotados de instinto que, en ocasiones, cuando los ojos de una dama se nos cruzan, perturban el universo con sus oleajes de llama. ¿Cómo no leer de esta manera cuando el poeta declara: "siempre escribo / sobre las olas". Y tales olas son, a veces, protuberancias femeninas que perturban la limpidez de un universo retórico y las claves de su gestación. Pues el universo y su infinito, a fin de cuentas, se justifican y encuentran su finalidad en "la santa dualidad / del coito".

El coito de los cuerpos y del alma, del agua y del fuego, de las ideas y lo real empírico, del espíritu y el cuerpo, de la mujer y el hombre. De las pasiones y la razón. En esa dialéctica aparece lo sublime, se crea el poema, síntesis coital, dialéctica de la materia y su pensamiento.

Y de ello tenemos pruebas de sobra que son como señales o indicios que para el poeta la amada-infinito cabe en el lenguaje y el lenguaje-infinito se culmina en la amada. Escribe Enrique:

Y guardaba entre las hojas
de sus libros filosóficos,
como señal de lectura,
viejas rosas de los vientos
y suspiros de su amada.

Agregaré en otra parte:

Los primeros astronautas
trajeron,
como muestras de la luna,
piedras de melancolía.

Y cuando no está en la luna, y el amor es sólo la dicha del cuerpo, agregaré con alguna picardía:

Como no estoy en la luna,
entre dos grandes amores
¡qué variedad de asteroides!

Y si una mujer es capaz de perturbar el diáfano e inconmensurable infinito, qué decir cuando el poeta se encuentra con dos amores simultáneos: descubre el fulgor, la redonda redondez de los asteroides. Cuando el amor es erotismo y el erotismo una forma del amor.

En suma, el oficio de poeta, para Enrique es el proyecto de Ulises es su regreso a Ítaca, encerrar en palabras el entero e infinito Cosmos, como aquél, el de Mileto, tuvo la inmensa ambición de convertir en agua el universo mismo. Explica:

un hombre, allá en Mileto,
quiso anclar sobre el agua todo el cosmos.
Pensó que caminar era escurrirse.

El poeta escurre entre sus versos el infinito. Tarea inacabable e inabarcable si no advertimos el efecto de la paradoja. Deletrear es lo finito que aspira a contener el infinito. ¿Cómo enderezar la adivinanza? Nos lo advierte a través de su reflexión filosófica. El mundo (“totalidad de los hechos y no de las cosas”, como apuntara Wittgenstein) es infinito, de ahí que una vida entera no alcance sino a su baluceo (así lo apunta), como advirtiendo lo conseguido por Whitman o Neruda. Pero si bien es infinito en sus alcances, como lo es el tiempo, en donde transcurre toda literatura y lo que no es literatura, no lo es en su forma. De ahí que la tarea de versificar, para el poeta, se convierta en una manera de hacer del infinito, a través del verso, un modelo virtual de su forma. La forma del infinito. La alquimia de transformar el plomo en oro; quiero decir, de hacer de la realidad, infinitesimal o exponencial, un instante revestido de eternidad. Entendemos, así, el sentido de su poeticismo. El infinito es su tautología y, como tal, tiene un modo secreto de proceder al que hay que enmendarle la plana. Y que en ocasiones es luz y, en otras, sombra. Para ser después pluma o el pájaro de esa pluma o quien, en otro instante de ese devenir inconmensurable, toma la cicuta. El infinito se deletrea en su redondez dialéctica. En su forma de la forma.

Si para Lukács, la totalidad proviene de la relación dialéctica entre sujeto y objeto, donde su síntesis dialéctica es su mimesis (la identidad entre pensamiento y realidad); para Enrique, el ser del poeta consiste en producir esa mimesis dentro del lenguaje poético y con ello hacer aparecer, en su fugaz

imagen, la realidad-mundo-infinito. Cercano al Revueltas de *Los errores* y de *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, ejerce una crítica poética al realismo crítico y socialista. Se trata no de elevar, mediante la poesía o el arte en general, al proletariado a una supraconciencia de la realidad material, sino de hacer bajar de su pedestal al poeta y al crítico al nivel de la gente. Y en ello, concebir una crítica de sí mismo y de su pluma. De la iluminación de los errores.

De este modo, su poeticismo no radica, como en el realismo crítico, en su transformación un ser consciente, vía la educación social, sino en la transformación dialéctica del poeta mismo en lo que aspira. Pues sólo de esa manera el poeta cumplirá con su tarea básica de ser la voz de la tribu y resolverá la contradicción insalvable entre el intelectual ensimismado en su nube o su torre de marfil y la gente. Con ello, en lugar de fungir como un intelectual guía de las masas, en ser uno más de la masa, de la muchedumbre. Se transforma, por ello y a condición de ello, en una voz verdadera que, como la de cualquier hijo de vecino, se transfigura a sí mismo, por artificio de la poesía, en la voz activa de la tribu. Y en ello, la alquimia de convertir el plomo en oro y el infinito en verbo. Y sí, con el poeta en el filo de su poesía, en el principio fue la palabra.

En González Rojo Arthur, la poesía tiene una misión, la de hacer transparente el mundo en su rotación infinita; deletrear sus procedimientos mediante la palabra y, en su propósito final, no sólo hacer visible al mundo, sino también transformarlo a partir de su propia conversión, de la pluma de un esquivo Enrique en palabra de poeta, en efectiva voz de la tribu.

Y el poeta se escurrió en un mundo de palabras, a imagen y semejanza del infinito.